

## LA SONRISA INFINITA

Relato ganador del Concurso 120 aniversario de la Fundación Instituto San José  
Junio 2019

Autor: Sergio Méndez Germain

Todo comenzó hace ciento veinte años. Mi padre corría arriba y abajo sin rumbo, buscaba toallas, baldes de agua caliente... sabía que eso haría falta si bien no tenía ni idea de cómo manejarlo. Mi madre gritaba con auténtica desesperación, incluso dicen que insultaba ferozmente a mi padre y a todo el que se le acercara. Siempre me costó creer esta parte de la historia, con lo discreta que siempre fue mi madre. Mi madre, cuya zapatilla me recordaba a menudo que decir palabrotas era cosa de gañanes y de delincuentes. Pero mi tío Bartolo juraba y perjuraba que mi madre insultaba con tal gravedad a mi padre que no se atrevía a reproducir sus palabras, mi tío Bartolo, que siempre fue el más gañán de la familia. También cuenta que el intentaba solucionar aquello pero no le dejaban ni acercarse. Nunca entendió por qué. Al fin y al cabo, según él, una mujer no era tan distinta de una vaca y él ya había ayudado a traer muchos terneros a este mundo. Por fin, mi abuela apareció con la Casilda, mujer experta en estas lides y que operaba como matrona oficial del pueblo aunque apenas supiera juntar dos líneas cuando de leer se trataba.

Y así llegué a este mundo, entre carreras nerviosas de un hombre tranquilo como mi padre y exabruptos altaneros de una mujer bondadosa y temerosa de Dios como mi madre. En un colchón de lana, entre paredes de piedra, en una apartada aldea de la sierra de Ávila. Hace ciento veinte años...

Mis padres decidieron llamarme Paulino, o más bien lo decidió el calendario pues, en aquellos tiempos, se hacía poco esfuerzo imaginativo en estas cosas y se cedía la responsabilidad al fatídico santoral. En cierto modo, puedo sentirme

afortunado, dos días antes y mi nombre sería Silverio, cinco más tarde, Cirilo. Aunque de niño maldije a la naturaleza por no haber esperado un par de días pues a mí me habría gustado llamarme Juan.

Dicen que los niños no tienen memoria, al menos cuando son muy pequeños, que no pueden sostener ningún recuerdo hasta que no han cumplido los cuatro años. Mi bisnieta asegura que eso que digo yo es imposible, que será que me lo he imaginado o que lo he soñado. Cuando le digo que no tiene ni idea me mira fijamente y me dice muy seria que está muy segura porque lo ha buscado en *"guguel"*. Disculpen si no se escribe así, entiendan ustedes que yo ya soy viejo y no entiendo mucho de estas modernidades. Y quizá en el fondo, tenga razón, lo quiera yo o no, lo dice *"guguel"* que no tengo muy claro lo que es, pero está en inglés, en el inglés de los americanos, que son gente muy lista, por eso son los que mandan. Así que igual un bebé no puede tener recuerdos. Pero yo tengo grabada a fuego una imagen: la sonrisa infinita de mi madre mientras me cambiaba el pañal. Sólo el amor de una madre puede provocar esa sonrisa. De otro modo, es imposible. Porque digo yo, que no importa, que por mucho que yo haya podido querer a mis hijos, la mierda es mierda, y huele, aunque sea la de uno mismo.

Tengo muchos otros recuerdos pues a pesar de haber vivido ya en tres siglos diferentes, Dios no se ha cebado en castigar mi memoria como hizo con mi pobre esposa. Recuerdo como el tío Bartolo, alrededor del brasero, contaba la historia de aquel ternero que venía del revés y cómo la vaca lo coceó arrebatándole dos muelas justo en el momento que conseguía sacar a la cría intacta. Recuerdo como sus charlas fueron siendo paulatinamente sustituidas alrededor de una radio con la que escuchábamos la novela. Como un día llego al pueblo el teléfono, aquel cacharro sorprendente con el que mi padre podía hablar una vez al año con su

hermano, el que se había marchado a hacer las Américas. Recuerdo también como la radio fue engullida por el televisor. Recuerdo como nos juntamos todo el pueblo cuando César el “Corto”, el del bar trajo uno para que pudiéramos ver jugar a Di Stefano, a Puskas y a Gento. También recuerdo todo el mundo arremolinado en el pueblo alrededor del primer coche que llegó al pueblo, un Seat 600, claro está. Era de un primo de la Conchi, la frutera. Es curioso, de aquel hombre, no recuerdo su nombre.

También tengo recuerdos que preferiría olvidar, la Gran Guerra, la Guerra Civil, la otra Gran Guerra, sí, esa de los alemanes cabreados intentado matar a todos los que no éramos altos y rubios, la Guerra fría, cuando nos decían que si los rusos se cabreaban iban a tirar una bomba que sería el fin del mundo. Menos mal que al final resultó que en Rusia hace tanto frío que nadie tuvo tantas ganas de salir a la calle y ponerse a lanzar petardos.

También recuerdo la muerte de mis padres, de mis hermanos, de mis amigos, de mi mujer... Tengo tantos años que he visto morir a mis hijos de viejos. Ser el hombre más viejo de este país no sé si es una suerte o una desgracia, he tenido muchos años para pensarlo y aún estoy por llegar a la conclusión. Pero ya no importa. Ahora es mi turno. Mi nieta, muy preocupada, me ha traído a este sitio a morir. No quiere que yo me entere y murmura a mis espaldas pensando que no la escucho. Soy viejo pero curiosamente, el oído se me ha afinado con los años en lugar de apoltronarse. El sitio es un hospital, por la tarde me pasean por unos jardines verdes y floridos Me recuerda aquel viaje que hice con mi mujer a Galicia. Donde fabricamos a Carlos, el pequeño de los chicos.

Yo hubiera preferido quedarme en casa pero se ve que mis nietos ya no pueden conmigo, a fin de cuentas, ellos también están mayores, la Paqui tiene la

cadera hecha cisco, Julia tiene que cuidar de su propia nieta y Luis vive en Bilbao. Así que me han traído a este sitio. La Fundación lo llama. Dicen que me han traído para que me muera bien. Pobrecillos, no comprenden que yo no voy a morir, más bien voy a apagarme. Como las baterías de los teléfonos esos que llevan todos los chavales incapaces de levantar la cabeza de la pantalla aunque un coche los pase por arriba.

Sí me apagaré simplemente porque mi tiempo acaba, como el de todos.

Ahora estoy tumbado en la cama y la vida me regala una última sorpresa. Estoy un poco mareado pero la distingo perfectamente: es mi madre. Viste un pijama blanco con adornos azules en el cuello de pico y en las mangas, el pelo, recogido con un bolígrafo. Aún no ha cumplido los treinta años pero yo sé que es ella. Me quita el pañal y empieza a limpiarme con un cuidado absoluto. Con la misma sonrisa que recuerdo con meridiana claridad.

-Mamá – apenas alcanzo a susurrar.

-Me llamo Clara – me responde.

-Mamá – insisto.

-¡Ay Paulino! ¡Que me quiere usted hacer madre antes de tiempo! – y se marcha riéndose iluminando la habitación con su sonrisa.

Y así me apago, Clara podrá decir lo que quiera pero yo sé que es mi madre. Tiene que serlo. Porque ¿Quién puede desprender esa sonrisa mientras limpia un culo ajeno?

Esa sonrisa infinita.

¿Quién? Sino la propia madre.